

## Editorial

# El luthier de Banfield

por Sergio Caracciolo

La máquina de crear

Estoy de acuerdo con Soriano. Y con Mercurio. Y con Fratarelli. Uno es de donde lo quieren. Uno puede ser banfileño por adopción. Uno puede poner una puerta donde se le cante. Y abrirla. Eso es realmente bello. Me complace el atropello si nace del corazón, la pequeña violencia de un golpe entre amigos, el abrazo que hace crujir los huesos. Pero Masana es de Banfield, quiero decir, nació y vivió en Banfield y esto es estrictamente cierto, quiero dejarlo claro, Gerardo Masana, El Flaco, el fundador de Les Luthiers, es un banfileño de nacimiento... Y también por adopción, ya vas a ver, máquina...

Les Luthiers, el mitológico grupo argentino que lleva más de cuarenta y cinco años subiendo al escenario sus instrumentos estrafalarios para conjugar buena música y buen humor, con una identidad propia, única e inimitable, se formó en el año 1967 cuando Masana, Mundstock, Rabinovich y Maronna decidieron dejar I Musicisti, formación con la que habían probado la primer gota de reconocimiento al presentar, en Tucumán, en el VII Encuentro Nacional de Coros, la Cantata Modatón, compuesta por Masana, con música al estilo Bach, a partir del prospecto de un laxante...

Es cierto, fueron apenas dos años y de esa edad uno no recuerda casi nada, pero es la etapa en que el ser forma su personalidad, su carácter, en que aprehende y adopta su identidad. ¿Por qué no creer que un día iba a volver, si no hubiese sido por los glóbulos rojos y sus miserias, a bajarse del Roca, a caminar las dos cuadras bajo los plátanos de Berutti, para tocar el timbre de la puerta de Sandro? Sí, porque Gerardo Masana, el fundador, el recién nacido, vivió en la misma casa que luego pasaría a la historia como la Casa de Sandro, la del Paredón... Creétele máquina!

En la década del sesenta el movimiento de grupos corales universitarios era muy importante y sus encuentros anuales tenían una concurrencia masiva. Fue la época de oro de los grupos vocales como Los Trovadores, Los Nocheros de Anta, Los Huanca Hua y buena parte de la vanguardia incipiente de esa época habitaba en las universidades, de hecho Masana era mucho más que un corista, era un músico, era un luthier, era una máquina de crear y con todo lo que era se incorporó a la universidad, al coro y a Les Luthier.

La casa de Masana quedaba en el Barrio Parque, el de los ingleses, las tierras de los Martínez de Hoz. Dentro del Barrio Parque estaba, y está, la farmacia El Greco, primer comercio-botica-tambo de la zona, Berutti esquina Manuel Castro. Greco fundó su farmacia hace ciento diez años, Emilio Giraldez la



Ilustración de Andres Alvez

sigue en la pag 3

# La Flor de Banfield

Por: Verónica S. Wiedrich

En una casa sencilla y austera de Banfield pasó su juventud una mujer luminosa y alegre. Amada por sus alumnos y admirada, tanto en Argentina como en Japón, Kazu Takeda fue una artista plástica única en su disciplina y fue quien introdujo, difundió y modernizó el Sumi-e, una técnica pictórica originaria de China, también llamada aguada japonesa.

Aproximadamente en 1946, sus padres compraron la propiedad de Serrano 1254 y se instalaron con sus hijos, dos muchachos y una joven. Aunque conformaban una familia reservada, en seguida crearon lazos con unos pocos vecinos. La madre de Kazu era ama de casa, se ocupaba de la quinta y cultivaba flores que regalaba a sus amigas en hermosos ramos para el día de la primavera. Su padre, Akira Takeda, era un gran escultor, arte que desarrollaba en el taller de su vivienda. Al tiempo que se adaptaban perfectamente al modo de vida occidental, conservaban las tradiciones de su país de origen. Entre ellas, la ceremonia del té, el cuidado de sus kimonos y la costumbre de tomar fotografías en



los sepelios. Cuentan los que saben que, cuando su marido hablaba fuera de la casa, la esposa guardaba silencio y mostraba profundo respeto; pero puertas adentro, era ella quien tenía la última palabra...

Delicada, amable y vivaz, Luisa —así se llamaba Kazu en Argentina, pues es habitual en la colectividad japonesa identificarse con un nombre criollo— a pesar de la diferencia de edad, invitaba a Norma, su vecinita de cinco años, a participar de la ceremonia del té. Sentadas sobre almohadones en el piso, saboreaban una variedad de delicias presentadas con gracia y esmero. Además, Kazu jugaba a vestir sus muñequitas japonesas con esa niña a quien, unos veinte años después, maquillaría para su boda, a la que asistiría complacida.

Cuando Norma cumplió 15 años, su amiga la homenajearon con un cuadro maravilloso: una perfecta miniatura pintada a pluma. La humildad le impedía mostrarse como artista destacada, pero sugirió a Norma que cuidara esa pintura, intuyendo con acierto que su obra sería muy valorada algún día. Algunos años más tarde, para su boda, Kazu le obsequió otra de sus obras, que representa un instante efímero de la naturaleza: un pájaro posado en una rama florida de durazno, que simboliza el

sigue en la pag 3

## Tomar aire

Mis abuelos se peleaban por todo. Ella tenía poco más de un metro. Algo me decía, sin embargo, que no siempre había sido así, que en algún momento había sido más alta, que en algún momento se habían entendido. Ella usaba un batón. Tenía una serie de batones con distintos dibujos que no había manera de distinguir. No recuerdo haberla visto con una pollera o con un pantalón, mi abuela vivía con sus batones. Tenía un cabello espeso y arbóreo. Pueden buscar sin cesar esa palabra, y no van a encontrar datos. Pero su cabello era arbóreo. La rutina de mi abuela era férrea. No salía a comprar nada, casi. El pan, la carne y las verduras las compraba mi abuelo. Mi abuelo iba hasta la esquina, a lo de Sergio y después a la Tercera Orensana y para esos dos trámites demoraba horas.

—¿Podes ir a buscar a tu abuelo? Hace una hora que salió, ya casi están las papas fritas y ese viejo no trajo la carne.

Yo corría por la vereda, hasta Chacabuco y cruzaba a buscarlo, mi abuelo estaba flanqueando la entrada de cintitas verdes de la carnicería.

—Este es mi nieto, decía. Se nota que la vieja está reclamándose.

Comíamos. A veces se desentendían aun más en la mesa. Después de lavar los platos mi abuela descansaba y mi abuelo se iba al galpón.

Solo a la tarde, cerca de las cinco y media, los dos hacían una cosa juntos. Salían a la puerta. Mi abuela tenía la llave de la casa en la mano y hacía jueguito con ella y mi abuelo tenía una especie de guayabera abierta. Se paraban en el umbral de la casa y hacían algo que dejó de hacerse hace mucho tiempo. Alguien puede esgrimir que dejaban pasar el tiempo. Ellos le decían "tomar aire". En ese momento se llevaban bien, cuando tomaban aire. Hoy en día, esto lo hacen personas que han llegado a la iluminación, seres que preocupados por el vértigo de la vida, la incertidumbre del destino, toman las riendas de sus vidas, y tal vez viajan a la India donde un señor flaquito les recuerda que no respiran, que para vivir, para seguir vivos, más allá de todo lo que queramos y no podamos, peleemos y discutamos, lo que hay que hacer es respirar: Tomar aire.

Los nuevos vecinos de Banfield lo reconocen. El vecino de enfrente de mi casa, emigrado de Caballito, me confesó, que cuando el tren abre la puerta en Banfield, le viene el aire y ya se siente bien. Me lo contó el mismo día que me dijo que levantó la mano en la oficina y con voz firme les dijo a todos:

—No soy más de Boca.

Dicen que se quedaron todos callados y que nunca más se habló del asunto.

Los que tenemos la suerte de vivir todavía en el barrio podemos hacerlo, pero cada uno posee, crea o compra una oscuridad diferente que le prohíbe tomar aire. Tomar aire era una cosa que hacían los que primero llegaron a este lugar, porque en este lugar lo que más había era aire. Vinieron nuestros antepasados desde lugares inhóspitos: Italia, España, Japón, Armenia, Turquía, Alemania, Francia, Inglaterra, y muchos vinieron de campo adentro. Traían tras de sí historia de guerra, de hambre, de humillación. Y traían la esperanza de poder vivir aquí, de respirar mejor. Y todos, en menor o mayor medida, valoraron el aire que está entre nosotros.

Vicente Musto, el italiano errante que vivió en Banfield, escribió en un párrafo de su recién aparecido ensayo: "la belleza no suele llamar la atención".

Me digo que estamos en este asunto, el de la belleza. Cuando usted se detiene, nos saluda, cuando usted habla de nosotros, nos acompaña a su manera, yo siento que mis abuelos están de nuevo en el umbral de Capdevilla. Tomando aire. Dando el aire que queremos tengan todas estas palabras que alguno de ustedes coleccionan, estas palabras que cuidadosamente hemos colocado en esta hoja para que usted las respire. Sergio Mercurio

# Un Ramone suelto

Por Nelson Ferreyra

Yo era nuevo acá, en esta ciudad, en este pueblo. Llegaba desde una ciudad distinta, casi sin árboles, casi sin ciudad. Grandes palomares. Edificios magros y conventilleros. Pantalones negros y remera "ramonera" era mi juvenil uniforme en aquel barrio, y por un tiempo, también, lo sería acá en Banfield. Veintipico. Rockero.

En mi llegada a este barrio me llamaron la atención algunas cosas de las que al poco tiempo estaría enamorado: la feria, la placita, la cancha, los árboles, la gente... No sería lo único ya que él sería para mí, la mayor atracción de la zona.

Douglas Glenn Colvin (Dee Dee Ramone) nació allá por 1951 en Estados Unidos y durante cuarenta y tantos años fue un tipo raro, a veces "bueno" a veces "malo". La bipolaridad lo transmutaba. Un tipo apacible, bonachón, músico prolífico, irónico y temperamental. Inestable.

Su infancia en Alemania lo llevó a jugar entre las cenizas de postguerra con restos de armamentos y cascos de soldados mutilados en batallas que dejaban tendales de fantasmas. Aprendió a tocar la guitarra casi al mismo tiempo que conoció las drogas, diferentes todas, pero útiles a un mismo fin: salir de ese estado de depresión irreversible o euforia desmesurada. Así, mientras desgarraba la guitarra dejaba la escuela, la familia y luego de un largo, largo viaje, se instalaba en Nueva York para crear a Los Ramones. El nombre de la banda fue extraído de una frase de Paul McCartney.

"Uan, chu, tri, for" ordenaba Dee Dee al mando de su bajo veloz y era suficiente para ponerle punk a mi vida de pibe, para adornar con música a aquel Cementerio de animales de Stephen King, que tanto miedo me diera en la pantalla grande. ¡Gabba Gabba Hey, Gabba Gabba Hey! El equipo de audio en mi habitación del segundo piso de la torre monoblock, a todo volumen, reproducía toda la velocidad que mi vida de dieciséis, diecisiete años me pedía. Era una manera de mostrarme diferente, yo no escuchaba la música del barrio y Los Ramones eran mi grito de guerra en esa ventana de vidrio con persiana verde que daba a un vacío dos pisos abajo, donde la cumbia, la polca y el chamamé, eran la banda de sonido de barrio pobre.

Ese grito junto con el "Hey Ho let's Go" se pegoteaban en las paredes de mi habitación y daban vida a los posters, y parecía que Joey y Dee Dee Ramone salían de ese cartón brillante para tocar y cantar en mi pieza. Tan jovencito yo, tan velozmente joven, tan Ramonero.

Y ahora en Banfield, recién llegado, con una beba hermosa, estrenando familia hermosa, y mis pantalones aún negros, aún

rockeros y mi remera ramonera:  
—¿Me da dos paquetes de fideos y una manteca? Don Luis miraba mi remera.  
El almacén estaba frente a mi casa y el almacenero miraba mi remera y me preguntaba señalándola: "¿Vos sabes quién vive acá a la vuelta? ¿Querés saber pibe?". Mi mirada incrédula no entendía lo que Don Luis me decía: "Acá vive Ramón, un gringo que toca en esos rockeros que tenés en la remera. Bochincheros".  
No entendía. Yo lo miraba y no entendía, hasta que una pregunta nerviosa salía de mi boca "Don Luis, ¿usted me habla de un Ramone, uno de los de verdad?", el rió, yo casi lloro. "Pintos. En Pintos casi la otra esquina" dijo. Fue suficiente para recorrer día tras día esas cuadras. Suficiente para iniciar mi búsqueda. No supe cuál era la casa, nunca lo vi, anduve andando cuadras, una, dos, tres, cuatro... uan, chu, tri, for...  
Pintos y Pirovano Segunda o Nicora es donde la primera se trunca



con la segunda formando la T en el paredón del "Club de los ingleses o Club Lomas". Ahí consulté a un vecino:  
—¿Usted sabe dónde vive Di, Di?— ¿Quién pibe? — Di Di, un rockero. Uno que no habla castellano. Vive en esta cuadra.  
— No pibe, ni sé quién es ese que decís.  
Frustrante. Quería ver a Dee Dee, preguntarle, como hizo para formar la legendaria banda, para ser parte de la revolución del año 77 y el punk como bandera; que gusto tenía la fama y como lo trataba el barrio, sobre todo me interesaba saber: como encajaba en el barrio. De Nueva York a Banfield, de la Quinta Avenida a Pintos y Pirovano. Algo debe haber pasado para cambiar la Gran Manzana por nuestro querido Banfield.  
El motivo tenía nombre: Bárbara. Y lo que pasó fue amor. El amor de una piba de 16 años que conquistó a este músico de treintitantos años. El amor hizo que él se alojara en Banfield, en la casa de la abuela de ella: Bárbara, su novia argentina, con la que además destrozó la barrera del idioma, haciéndola de papel. Ese idioma inglés del que yo tampoco tenía idea, pero que sabía era posible saltar con gestos y mimica para hablar con él en caso de tenerlo frente a mí. Y caminé. Y recorrí. Y pregunté, pero no encontré ni a Dee Dee, ni a Bárbara, ni a su perro Ramón (el perro que tuvo en Banfield). Pero imaginé cada pisada de este cerebro musical de Los Ramones, recorrí cada baldosa imaginando su mal y su buen humor, casi simultáneos.  
Dicen que vivió también en Calzada, en La Plata, en Burzaco, dicen que tocó canciones de Ramones en una vereda con una criolla, pero a mí solo me importa que estuvo en el mismo barrio del que yo me había hecho carne. Y entiendo que así como yo, él sintió algo particular por el barrio, algo por encima de los otros lugares donde anduvo, algo que lo distinguió y que lo llevo, ya en Estados Unidos, a bautizar a su perro con el nombre de nuestro pueblo: Banfield. Existió una obra de teatro donde Banfield (el perro) era uno de los protagonistas. Estuvo escrita y dirigida por el mismísimo Douglas Glenn Colvin, ó Dee Dee Ramone para el mundo, ó TiTi para nosotros, los de Pintos y Pirovano, los de Banfield.  
Pienso que Dee Dee y yo en algún momento fuimos novatos o forasteros en el barrio, cada uno a su modo. Luego él volvió con Bárbara a su país y siguió su vida hasta el último día; yo, eché raíces acá y aún sigo buscando la casa sobre la calle Pintos.

## Correo de lectores

En nuestros días aun se levantan edificios bellos, como el se resiste al paso del tiempo y el climático seguramente más que centenario. Se trata del manoir francés que se levanta en el terreno esquinero que forman la Avenida Dr. Alberto M. Larroque al 700 esquina maestro Carlos Croce. Desarrollado en varias plantas funcionales semi-sótano, planta baja y alta, con un remate vistoso de techos de pizarra, las ventanas salientes, los balcones terraza y un mirador protagonista del acceso a la suntuosa residencia.

Según referencias en el portal de hojas existentes en la ochava se distinguen dos letras A P, cuyo significado es Antonio Pebiani. Este apellido no se encuentra en el numeroso listado de residentes en la época que nuestra ciudad era el sitio elegido para el descanso estival, lo que ubicaría a uno de sus propietarios por fines de la década del 20 y 30.

Si sabemos que en sus comedades funcionó la "Casa del Niño", según la Sección "50 años Atrás" que publicara en la década del 40, que agrega que por esos años contó con una pileta de natación, elemento indispensable para el mejor desarrollo de la niñez según destacaba la nota periodística.

En la actualidad, su entorno se vio modificado al adaptarse. La propiedad a un club de tennis, una playa de venta de autos, a una parrilla al paso, etc. Por suerte con todas estas modificaciones, no se talaron el conjunto de palmeras fénix canariensis que decoran como en antaño esta residencia, único edificio en pie de estas características en la zona.

Lamentablemente a nuestros días no han llegado testimonio de lo que fueron sus edificios de servicio, sus jardines originales. Pero puede que la memoria de algún viejo vecino, guarde lo que otrora fue.

Sin duda alguna una se trata de una construcción con valores arquitectónicos y paisajísticos, que sin lugar a duda merece ser conservado, dándole una nueva vida a través de su recuperación edilicia.

**Arq.Luis Carmelo Letizia**

En la calle Talcahuano, al costado de la Plaza Martel, antes había vías. Una las aceptaba como parte del paisaje hasta que una se preguntó ¿por qué?  
Algún vecino memorioso comentó que por allí pasaba un tranvía; primero a caballo que al parecer llegaba hasta Capdevila, luego

eléctrico y llegaba siempre desde la estación de tren hasta Granaderos y Av. La Plata. Ese recorrido, mas o menos, tomó luego el 12, que venía por Maipú y llegaba hasta Granaderos y Roma. Al parecer había un rancharío llamado el Rancho de la Cambicha. Después, por razones municipales, fue el 239 y comenzaron las letras y se alargó su recorrido por Roma hacia la nada, que era lo que parecía entonces. Después derivó en 278, 266 y sucesivas letras.

Había otros. El 13 que venía de la Estación por Talcahuano hasta Arenales, luego Cabrera hasta 11 de Septiembre, y volvía a la estación por Serrano. Esto daba oportunidad a los que tenían que tomar el tren a determinados horarios; los colectivos empalmaban con las llegadas de los trenes. Si se les escapaba al pasar por Cabrera lo pescaban en Serrano. No eran muy veloces y los chicos podían jugar sin peligro en la calle.

La ventaja de este colectivo era que sino llegabas a tiempo a la esquina, te esperaba. Además cuando llovía te paraba en la puerta de tu casa, ya fuera para bajar o subir.

También el 14 tenía un recorrido parecido, pero bajaba por Castro Barros y llegaba a Quintana para enlazar con otro colectivo que no era de Banfield, era de Lanús y hasta su estación llegaba.

Cuando Matanza se convertía en Quintana, y su parada era frente a la quinta de Comas, en lo que era Av. Talleres (ahora Aconcagua y Malabia). Hoy en esa misma esquina hay una farmacia y unas casas coquetas que conservan algunos de los árboles de la vieja quinta, y la casa quedó escondida tras añadidos hechos por un seminario.

Esas líneas desaparecieron y se fundieron en una sola que fue sucesivamente 103, 113 y otros números. Actualmente es el 299 M (x Matanza) y agrandó la línea con otras 2 letras A (por Arenales) y C (por Cementerio) que suelen llegar primero cuando una espera la M.

Algunos de estos datos me los acercó Susana Moro "la memoriosa", distinguida vecina de la calle Capdevila casi esquina Cabrera.

**Cristalina Roca**  
¡Que vuelva a escribir el escribano! no soporto tanta buena onda, por este barrio de cuarta  
**Sebastian Olimani**

Yo pedí el limonero y todavía estoy esperando que me lo planten.  
**Adriana Iparraquirre**  
EB: Adriana, nosotros no plantamos los limoneros, quienes lo plantan deben ser los vecinos de su cuadra. Hable con ellos. Quien sabe se sorprende para bien.

## Hay Puchero



Nuevo espacio cultural en Banfield, coordinados por la ilustradora, Florencia Lloret (ver contratapa) y el percusionista Matias Suárez. Casa Puchero abre sus puertas en Banfield este, frente de la antigua SIMBÓLICA. El espacio ofrece Talleres de Percusión para niños, para adolescentes, para adultos, pregón, recitado y canción, música andina, juego musical, imagen e ilustración. Usted ya debió haberlos escuchado pasar en el lanzamiento del Libro de EL BANFILEÑO. Importante, ésta casa no crece para arriba y no vende helados. Viva la cultura Banfileña



**EL COLECTIVO BANFILEÑO**  
Director Propietario: Sergio Adrián Mercurio. Editor: Javier Mercurio. Ilustraciones: Andrés Alvez, Florencia Lloret. Redacción: Nicolás Fratarelli, Sylvia Bonfiglio, Mario Arraraz, Osmar Castro, Sergio Caracciolo, Vicky Méndez, Nelson Ferreyra, Osvaldo Fani, Nerea Otero, Vero Weid, César Canessa, Eduardo Sánchez. Equipo: Adrián Botindari, Martín Etchegaray, Alcides y Juan Carlos Mercurio, María Helena Cosentino, Leandro Martín, Marcela Pettinati, Edgardo Sarri, Gabriela Baztan, Agustina Ferreyra.

web: [www.elbanfileño.blogspot.com](http://www.elbanfileño.blogspot.com)  
correo: [elbanfileño@yahoo.com.ar](mailto:elbanfileño@yahoo.com.ar)  
facebook **El Banfileño**  
Twitter **@elbanfileño**

viene de la pag 1

## El luthier de Banfield

adquirió en 1937, el año que nació Gerardo. La Greco, como se la conoce popularmente, siempre fue más que una farmacia, a los Giraldez siempre les interesó más la salud de los vecinos que el dinero que podían hacer con su enfermedad y más la "identidad" que el "progreso". ¿Por qué no creer que a La Greco iba Antonia cuando necesitaba ventosas, supositorios o una mamadera de vidrio; y que en la decisión del flaco, el fundador, el estudiante, de seguir dentro de la universidad, los talleres donde se aprendía a diseñar barrios obreros y casas funcionales para familias numerosas, no estaban los "gérmenes" de los Giraldez, de La Greco, del barrio que lo vio nacer?... Seguí creyendo, máquina!

**D** Un luthier es un sanador de instrumentos, un creador y los creadores no tienen límites. Masana no los tuvo, creó instrumentos musicales insólitos, el Cello legüero, híbrido entre un violoncello y un bombo; el Bass-Pipe a vara, con tubos de cartón de rollos de tela; el Latín y la Violata, un violín y una viola pero de lata; claro que con el que mostró su inescrupulosidad de inventor fue con el Compadescu, diseñado para La Danza del Moscardón, con la corneta plástica de su hijo Sebastián, quien descubriría el robo de su juguete recién en el estreno de la obra...

**J** De Banfield se fue enseguida, pero fue en Banfield, junto a su padre, donde escuchó por primera vez la ofrenda musical de Bach, las sinfonías de Beethoven, los conciertos de Mozart y el fluir cadencioso de una trompeta de jazz. Con esa cuna y ese acompañamiento, Gerardo, el melómano, el niño, a los cuatro años seguía el ritmo del redoblante de los boy scouts que marchaban por la cuadra y a los quince compuso su primera pieza en el piano de su madre. ¿Por qué no creer, y jugar, ignorando el tiempo como los vascos, en ese espacio atemporal y geográficamente caprichoso, en el que Sandro ensaya sus Rosas en la casa de Masana y Masana aprende composición y armonía de los libros que María Herminia Descotte, la madre de Cortazar, le recomienda a Antonia Silvestre, la madre de Masana?... Cree sin límites de tiempo, máquina!

**F** El instrumento más genial de todos los creados por Masana, con el que deslumbró a su mujer, tal vez haya sido la Máquina de tocar, construida a partir de una vieja máquina de escribir Underwood del estudio de abogados de Rabinovich padre, y con unos tubos de metal cortados del barril de una cortina de su casa-taller. El instrumento se utilizó en casi todos los shows de Les Luthiers, así que la máquina de Masana vuelve cada vez que se corre el telón...

## LES LUTHIERS

1972



**H** La ascendencia de Gerardo era catalana, las cosas cambian y uno se va formando más por absorción que por repetición y cuando llega a adulto puede mirar atrás y encontrar las huellas que a uno lo hicieron. Algunos lo llaman "genética" pero es la "identidad". Los dos abuelos, Enrique Masana y Gregorio Silvestre, eran actores, uno dramático y el otro cómico. Un disfraz, como la escondida y la rayuela, trasciende los tiempos y no necesita de máquinas. A él, a Gerardo, al creador, le encantaba disfrazarse de pirata. La primer propuesta que el joven Masana lleva al grupo coral de la UBA fue Il figlio del pirata, una obra de teatro cómico-lírica, a través de la cual se unió a tres futuros Les Luthiers. ¿Por qué no creer que la partitura de esa obra fue traída por Gregorio, el abuelo materno, de su Barcelona natal?... Es la identidad que trasciende la geografía, máquina!

**C** En la UBA estudió arquitectura. De niño jugaba al Meccano. Era una creencia, un anhelo o parte de una publicidad, que los niños que jugaban a ese juego terminarían siendo arquitectos o ingenieros, pero Masana, el banfileño, el polifacético, fue más, en el coro de la UBA conjugó al músico, al cantante, al actor, al

artista y también al arquitecto, fue una máquina de crear, música, letra, instrumentos extraordinarios a partir de piezas que, a primera vista, no tenían demasiado en común, un instrumento del humor, la música, la pasión, la puesta en escena de lo que hasta hoy es Les Luthiers, con una impronta tan poderosa que aún a cuarenta años luz, sus compañeros siguen recordándolo y reconociéndolo con la misma vigencia.

Me gusta imaginar al propio Masana como un instrumento, construido a partir de una vieja máquina dactilográfica, con cada tecla que uno aprieta Masana da la nota, siempre afinada, siempre armónica, siempre alegre, Masana es una máquina y su máquina un instrumento al que hay que recuperarlo, sanarlo, adoptarlo como instrumento de la identidad banfileña, para que vuelva a sonar, para que podamos presionar las teclas de la máquina que su partida antes de tiempo dejó intactas... es cuestión de creer para que Masana vuelva a Banfield, a crear... Haceme caso, creé de una buena vez, máquina!

Agradecimiento especial a Sebastián Masana, autor del libro "Gerardo Masana - Fundador de Les Luthiers"

viene de la pag 1

## La Flor de Banfield

deseo de buena fortuna. Un pájaro posado sobre Kazu, pues tal como nos comenta el traductor Fernando Presumido, "Kazu" significa: flor del durazno.

Ya desde su escolaridad, la distinguida y refinada Kazu sobresalía entre sus compañeros, por lo que imaginarán que no escapó a las burlas ni a los moteos peyorativos. Percibía un matiz de insulto cuando alguien la llamaba "japonesa", pero, lejos de responder, se prometía a sí misma: "Ya van a ver a dónde va a llegar esta japonesa". Y llegó.

Seis generaciones de artistas la precedían en su familia, aunque sin dudas fue su padre quien le heredó su pasión por el arte y algunas enseñanzas valiosas que guiaron a Kazu a lo largo de su vida, como la respiración que practicaba, similar a la respiración completa tibetana, enviando el aire debajo del ombligo, llenando los pulmones y vigorizando la sangre.

Poco a poco, Kazu Takeda se afianzó no sólo como artista plástica sino también como Sensei (maestra). Como artista inquieta y curiosa dominó las artes de la ikebana y la laca, la pintura de miniaturas y la ilustración de cuentos infantiles. En sus series Cómica y de los Pájaros plasmó con maestría la búsqueda de la esencia y de la energía primaria de la naturaleza, descubriéndose como artista espiritual y mística. Su obra toda está atravesada por una expresión profunda y refinada, y constituye una muestra viva de sus interrogantes filosóficos. En su serie Paisajes Argentinos tomó distancia de los modelos orientales y con trabajos muchas veces monocromos, de una intensidad y una sutileza únicas, reveló la esencia de nuestra tierra.

Como una de las más importantes difusoras de la cultura y el arte japoneses en Argentina, en varias oportunidades fue invitada por la Embajada a viajar a Japón, donde gozaba del reconocimiento pleno de sus colegas. Allí se alzó con el más importante galardón otorgado al Sumi-e, con su obra "Cordillera de los Andes".

Como maestra de maestros sensible y exquisita, se especializó en la transmisión de esta disciplina. El Sumi-e es una técnica de dibujo monocromático compuesto con tinta china sobre papel de arroz o de seda. Originaria de China, donde surgió en el s.VII, fue introducida al Japón en el s. XIV. Kazu fue la más destacada Sensei del país,

pero sus enseñanzas excedieron ampliamente la mera explicación de una técnica. Andrés Vermon, uno de sus discípulos, nos cuenta que ella transmitía su saber mediante su actitud de vida. Culta e inteligente, enseñaba a vivir el presente, a captar la riqueza de cada instante, a aceptar la vida como es, asumiendo la propia responsabilidad y realizando elecciones con la conciencia de que el rumbo de nuestro destino ya fue trazado. Kazu pensaba que las personas "son y han sido como



tenían que ser". Este determinismo kármico la hacía una mujer alegre, que no analizaba las cosas buscando vanas explicaciones mundanas, sino que transitaba por la vida atenta al momento presente, lúcida, cálida, disciplinada, estudiosa (particularmente de la filosofía y de manifestaciones religiosas como el sintoísmo y el budismo). "Sus

palabras eran semillas —se emociona Andrés— que con el tiempo develaban su enseñanza."

Su intenso compromiso con el arte llevó a Kazu a rechazar interesantes propuestas de matrimonio, aunque disfrutó del amor y la convivencia. Sin embargo, privilegió su actividad pictórica y cultivó, sí, la amistad genuina, cosechando amigos como Jorge Luis Borges y el Padre Mario. Hay quienes aseguran que en una ocasión le manifestó al sacerdote que no era creyente, a lo que él respondió que no se trataba de la fe que ella tuviera en Dios, sino de la fe que Dios depositara en ella. Goyo Barja, discípulo y actual Director del grupo de arte de la Fundación Takeda, reflexiona con acierto: En la época que le tocó vivir, "no estar sujeta a un hombre, ser artista, y no respetar las convenciones impuestas por la cultura, eran tres estigmas que únicamente se perdonaban en nombre de un talento y una calidad artística superiores. Kazu Takeda demostró con su maestría por qué había elegido un camino diferente."

Kazu recordaba con especial afecto su vida en Banfield y se mantuvo ligada a nuestra ciudad hasta sus últimos momentos. Cuando ya había mudado su hogar a la Av. Santa Fe, solía visitar a su madre viuda en la casa de Serrano, hasta que por razones de salud la llevó consigo.

Una noche de 1997, luego de una velada de teatro y cena con Mary y Héctor Mahía, amigos banfileños, un derrame cerebral puso fin a su camino en este mundo, pero fue incapaz de borrar la impronta de sus huellas. Por eso estamos hoy aquí, recordándola desde estas páginas sureñas. Y casi parece que allí la vemos, caminando elegante por Serrano hacia Quintana, plena de encanto, y nos quedamos así, así... como dedicándole una reverencia.

Kazu vive en su obra, en la admiración de sus discípulos y en la Fundación Takeda, dedicada a divulgar el arte de Japón. En 2007, a una década de su fallecimiento, el Centro Cultural de la Embajada de Japón la homenajeó con una muestra de Sumi-e.

Kazu, la flor del durazno. Kazu, esa delicada y exquisita flor de Banfield...

## BANFIGRILLA

B _ _ _ _ _	1) Capitán del equipo del 51
- A _ _ _	2) 2do nombre de Comizzo
_ _ _ _ _ N	3) Nombre de pila de Fernández, Campeón 2009
_ _ _ _ _ F _	4) Apodo de jugador proveniente de Bella Vista (Uruguay) en 2000
_ _ _ _ _ I _ _	5) Arquero suplente Campeón 1973
- E _ _ _ _	6) Volante cordobés, 08/09 y 13/14
_ _ _ _ _ L _ _	7) Marcador lateral derecho, ascenso 1987
_ _ _ _ _ D _	8) Mario. Delantero 1961/65

Enviar solución a [elbanfileño@yahoo.com.ar](mailto:elbanfileño@yahoo.com.ar)

## ESCRITO EN EL AIRE

Si se corta la luz y se derriten todos los helados de Banfield, nos inundaremos con gusto  
Para los mufa del "ya estamos ascendidos" afonía hasta el final del campeonato

¿Qué preferís, otra heladería u otro edificio?

Si tu perro se escapa tratá que no entre a la cancha porque nos caga el partido

¿Ya descubriste por qué el sol en Banfield aparece sólo al mediodía?

El mingitorio del baño de "Juancito" ¿será para siameses?

# La casa de Cortázar

por Nicolas Fratarelli

La casa de Cortázar ya no existe. No existe más. No. La demolieron. En su lugar ahora hay otra casa. Nueva. Confortable. Distinta. Tiene una placa que dice: "En este solar vivió...". No. No la tiene. Tiene otras. Enfrente de esta casa hay una pluma. Sí, hay una pluma. Una pluma gigante. La pluma supone letras. La plumota indica que allí vivió un escritor cuando era niño, que ese escritor vivió hasta entrada su adolescencia, que allí se comenzó a formar como persona y como escribiente; la pluma indica que un día este escritor tomó un barco y se fue a París, para escribir en argentino, en medio de gente que pronuncia rara la erre.

La pluma, es alegoría, pincha la tierra como si fuese una espada, señala que allí hubo una casa, pero la casa ya no está más; y sólo de alegoría no vive el hombre.

De la casa sólo queda un portón. Un portoncito de hierro y alambre. El portón está colgado en la pared de la escuela donde el escritor cursó la primaria. El portón es austero, podría ser el portón de cualquier casa de Banfield. Un típico portón de los que se abría hace tiempo en campitos llenos de ciruelas y nísperos. Pero este portón ya no se abre a ningún lado, y menos a la casa de Cortázar, y no porque no quiera hacerlo sino porque esa casa ya no está más.

Cortázar siempre tuvo presente su infancia en la literatura que produjo. Quizá fue así porque el escritor siempre fue un niño grande y nunca dejó de jugar. (¿algún cronopio se anima a discutirlo?).

El escritor no volvió nunca a esta casa pero siempre la tuvo presente. En la "vedera" jugó rayuelas dibujadas con tizas robadas; en esa casa vio un hollín blanco que perseguía hormigas, que entraba por un tubo a los subterfugios hormigueros y salía difuminado por otros orificios que estos pequeños insectos esculpían en el fondo de su casa, de su barrio, de su país, de su vivienda en el otro lado del Atlántico, y que surcaron momentos de infancia, de adolescencia y de adultez (en uno de sus textos de "La vuelta al día en ochenta mundos" suspende por un momento la escritura porque tenía que ir a matar unas hormigas que lo volvían loco. Después de efectuada esa tarea prosiguió con el relato que tenía en su máquina de escribir).

El escritor pensó en esa casa que ya no existe cuando escribió "Los venenos". En esa casa pensó cuando describió a su primer amor entre ligustrinas, cuando escribió: "Lila". En esa casa pensó cuando hablaba de su amigo Doro, cuando recordaba a su madre, a su hermana... en ese lugar pensaba cuando en diversas entrevistas, describía melancólicamente a un niño enfermizo que se la pasaba leyendo los días enteros, sentado en una esquina formada por dos paredes, mientras se afligía por el modo torpe en que sus compañeros de aula conjugaban los verbos y se devoraban las "eses" finales: "vamo muchacho, hagalón".

En esa casa pensó cuando escribió Casa Tomada, cuando imaginó, que esa casa enigmática que se iba cerrando de a poco, habitación por habitación, se encontraba nada menos que sobre la calle Rodríguez Peña, que aunque el lector distraído pueda creer que se trate de la elegante calle de doble apellido de Barrio Norte no es así, porque se trata de la elegante calle de doble apellido de Banfield, enfrente de donde, ahora, hay una pluma, una pluma, una plumota.

¿Cómo era la casa? La casa tenía una verja y un portoncito. Por un camino corto se llegaba a una escalerita que daba a un hall semicubierto enmarcado con dos columnas (la casa estaba elevada); después la puerta principal. Desde afuera la casa tenía reminiscencias inglesas, tejas francesas, ventanales italianos, altos y delgados y celosías argentinas, buenas para espiar los

quejidos de la calle.

El ingreso a la casa daba a una sala donde podemos imaginarnos mujeres tejiendo mientras miran por la ventana. Esta sala se conectaba al comedor, de aquí se pasaba a un hall cerrado que dividía la simple casa en "dos alas" (de un lado dos dormitorios y enfrente otro dormitorio y un baño). Atrás una galería, el corazón de la casa, que junto a la cocina, miraba hacia el fondo verde y frutado desde donde se oían los cacareos de las gallinas ponedoras.

"Como no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban nuestros dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y

pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y al baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no daba la impresión de los departamentos que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa..." (Casa tomada)

La casa no existe más. Se demolió. Se cumplió la premonición del escritor de que algún día alguien la tiraría abajo "...para enriquecerse con el terreno y los ladrillos...". Enfrente hay una pluma. La pluma sugiere que allí vivió un escritor.

(Es para destacar la documentación gráfica de la desaparecida casa en el libro de Jorge Deschamps "Julio Cortázar en Banfield infancia y adolescencia")

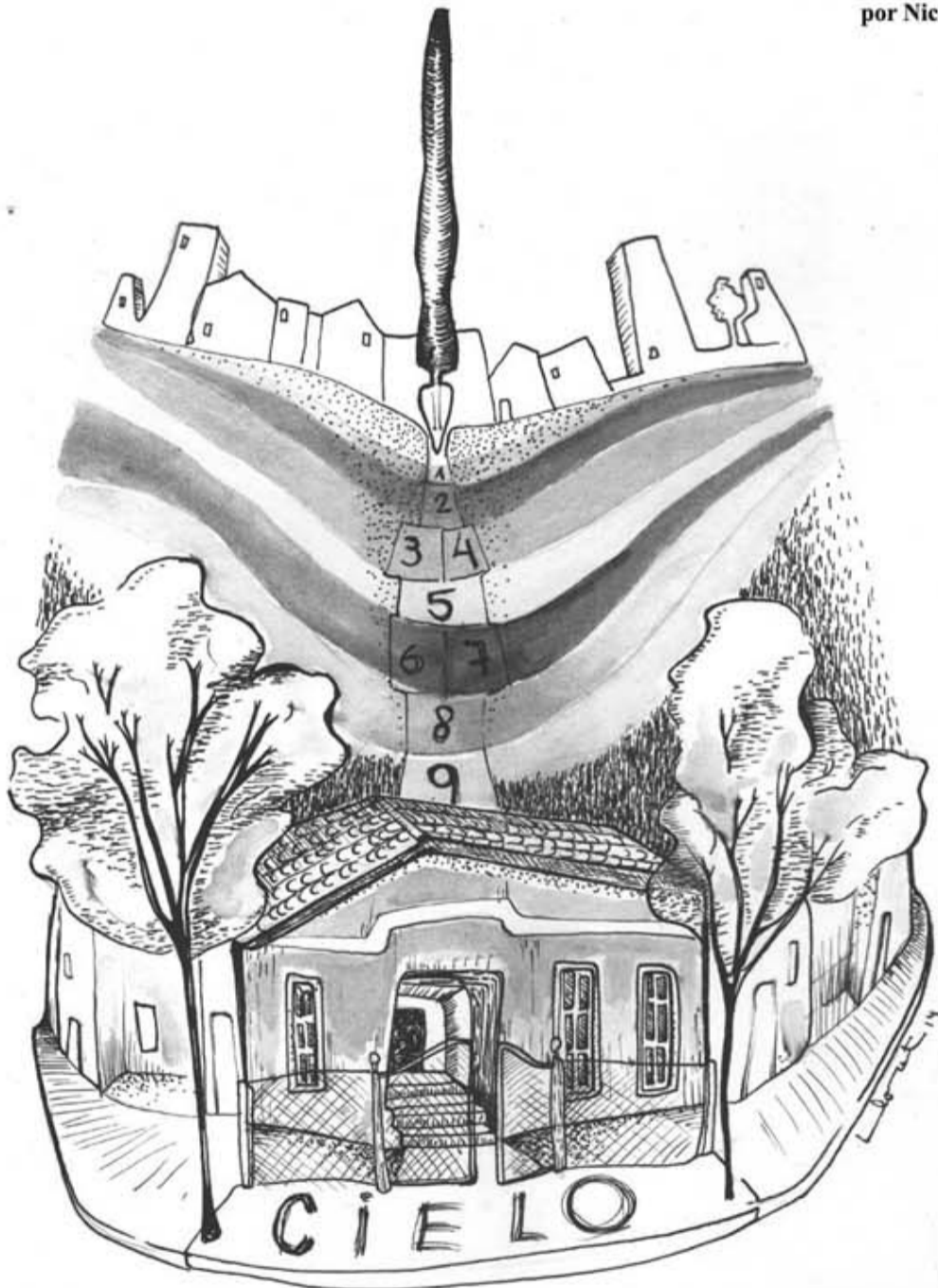


Ilustración Florencia Lloret